

## SERIE CRONOLÓGICA DE LOS OBISPOS DE QUITO,

DESDE SU ERECCION EN OBISPADO Y ALGUNOS SUCESOS NOTABLES EN  
ESTA CIUDAD. AÑO DE 1845 Y SIGUIENTES

(Continuación. - V. el n.º 67, pág. 161)

Tolrá asomó á Quito por Mainas sin que se supiese su procedencia ni su grado. Decía él unas veces que era Coronel de la división de Morillo, otras que del Perú, otras que había salido de España, y en fin que era Coronel en todas partes. Como en Quito, ahora, antes y siempre, el último extranjero que llega, es el mejor de la clase á que quiere pertenecer, Tolrá fué bien recibido y puesto á la cabeza de la caballería española: se conservó en Babahoyo algunos días, y temiendo un asalto del General Sucre, salió á situarse en Riobamba, donde se conservó hasta el año de 822.

Poco antes de la venida de Morjeón, sucedió que un Coronel Quiñones (negro) marchaba de Quito en comisión á Otavalo con un piquete de caballería, y al pasar por Chinguiltina, oyó cohetes que reventaron al cantar la gloria el Sacerdote que decía la misa de la fiesta que se hacía á la Virgen de Monserrate, cuya capilla está á tres cuadras del camino real. Aquí hay insurgentes, dijo el negro á sus soldados, carguémoslos, y acometió con tal furor, como si efectivamente hubiese visto enemigos: mató un excelente agrimensor Legarda, hombre honrado y pacífico, y á otros tres más que habían concurrido á la fiesta. La matanza habría seguido, si la gente aterrada no se acoge á la capilla y cierra sus puertas. Quiñones pasó á Otavalo en donde hacía alarde de haber muerto á aquellos desgraciados.

A fines de 821 llegó posta de Esmeraldas anunciando el arribo á ese puerto del General Morjeón, y pidiendo auxilios para la conducción de él, y de un cuadro de

oficiales que traía consigo. Aymerit se resolvió á recibirlo y prestarle obediencia: mandó gente, víveres y lo más necesario para su transporte; llegó á Cotocollao, dos leguas de Quito, á donde fueron todas las autoridades á besarle la mano. Supo allí que el Coronel Viscarra, discípulo ó compañero en crímenes de Payol, y que había cometido los mayores excesos en Ibarra porque no le dió el alojamiento que el deseaba, había faltado al Dr. José Felix Valdivieso que estaba de Alcalde, dió orden para que lo arrestasen, lo degradasen y siguieran causa. Entró á Quito á fines de 821, proclamando con el más grande entusiasmo la Constitución española de 812, hizo que se jurase con la más grande suntuosidad y aparato. Formó un Cabildo compuesto de las primeras personas del país con el título de Excm., y atribuciones extensas en lo económico, político y civil. Refrenó la arbitrariedad militar, destinó á los jefes militares, de cuya conducta recibió quejas, á tenientes pedáneos de los pueblos, reformó los cuerpos, arregló las milicias, protegió la seguridad individual y los bienes de los ciudadanos, de tal modo que no sabían los quiteños como bendecir al cielo por haber mandado este hombre que dió lugar á respirar y á dejar de temer tanto desastre, y suspendió la hostilización que tanto tiempo había sufrido el pueblo por la arbitrariedad y desenfreno militar. En fin Morjeón, en aquellas circunstancias, fué como un ángel bajado del cielo. Se puede decir que si en lugar de Morillo, Boves, Samano y otros perversos hubiera venido á la América Morjeón, talvez no habría habido independencia, tal fué el amor y gratitud que concibieron por este hombre sagaz, político, justiciero y amigo del orden. Encantados los quiteños, hasta olvidaron en aquellos días de la libertad, de esa libertad que tantos esfuerzos y sangre costaba á la patria.

Como Morjeón llegó á Quito cuando ya Bolívar había abatido el orgullo español en el Norte, había establecido el Gobierno Republicano en Bogotá, se había pronunciado por la independencia en todos los ángulos de Colombia, y cuando en fin Sucre por Guayaquil, Bolívar por Popayán, y Santacruz con un auxilio del Perú se acercaba á Cuenca, todos en combinación, trató de aumentar sus fuerzas, abrió un enganche, por cuyo medio consiguió levantar un batallón de sólo gente quiteña, iba reunien-

do con la mayor actividad toda clase de elementos de guerra para reconcentrar sus fuerzas y defenderse con ellas, supo que las dos fragatas de guerra Prueba y Venganza que debían bloquear á Guayaquil, según las órdenes que había dado á los Capitanes de éllas, se habían pasado á la patria: noticias que le causaron una grave enfermedad que lo puso embarazado para las demás disposiciones relativas al objeto. Encomendó la infantería al Coronel Nicolás López, y la caballería al Coronel Tolrá, que reunieron todo el ejército en Riobamba para atender á la vez á las divisiones de Cuenca, y Guayaquil, que suponían saldrían directamente. Sucre, por no aventurar un encuentro con sólo la tropa que sacó de Guayaquil, tomó el camino de Yaguachi, y se reunió con Santacruz en Alausí, formando así una respetable división, que los realistas no se atrevieron á atacar antes, esperando que se acercara á Riobamba, por ser apropiado para hacer uso de su magnífica caballería, en la que tenían cifrada toda su confianza. Sucre aumentaba diariamente su tropa con los que se agregaban de todos los pueblos, y con los auxilios de caballos que recibía de los vecinos de Riobamba, pudo montar aunque mal dos compañías de gente chilena de á 40 hombres cada una que traía Santacruz. Estos no manejaban más armas que el sable, y cuando se acercaron á Riobamba, y fueron vistos por los españoles contaban éstos con el triunfo infalible: setecientos hombres bien montados y equipados, diestros en manejar la carabina y la lanza tenía Tolrá, y á las inmediaciones de aquel lugar se avistaron los dos cuerpos de caballería, dejando cada uno á retaguardia la infantería, con la diferencia de que el de los liberales era un átomo delante de los escuadrones del Rey. El encuentro fué horroroso, pero la suerte estuvo en favor del menor número: fué tal la matanza que hicieron los chilenos, que la caballería española salió á escape, con tanta precipitación, que puso en desorden su propia infantería, con lo que se convirtió aquella acción parcial en una completa derrota de los españoles que corrieron hasta descansar en Quito: suceso que acabó con la existencia de Morjeón, pues falleció el 18 de abril de 822. Aymerit ocupó nuevamente la Presidencia, y con ella se renovaron los desórdenes militares pasados.—Sucre continuó su marcha hasta Latacunga, á donde entró el 2 de mayo sin embarazo alguno, recibien-

do sí toda clase de auxilios y demás elementos de los patriotas, que se libertaban del influjo de los españoles, en términos que su división no sólo se aumentó, sino que se duplicó y triplicó en todos ramos, particularmente en caballería que era lo que más necesitaba.—Como los realistas se preparaban á salirle al encuentro en las quebradas de Tambillo, ó Jalupana, Sucre dirigió su ejército por el camino de Limpiopongo ó cerro de Sincholagua, por donde descendió al valle de Chillo, de allí cruzó al ejido de Turubamba, y cuando menos pensaron los españoles, Sucre estuvo en el pueblo de Chillogallo, y al día siguiente en Pichincha encima de la ciudad.

El 24 de mayo de 1822, día bien memorable, enfurecidos los españoles resolvieron atacarlo en ese punto, persuadidos de que por lo mucho que había tenido que caminar aquella noche, y por la aspereza del camino, no podía tener su fuerza reunida. En un momento se pusieron en el lugar donde había aparecido la vanguardia liberal, que fué en la loma que está encima de San Diego, y se trabó un reñidísimo combate: cuatro horas duró el fuego á tiro de pistola, hasta que cargaron los patriotas á la bayoneta, y consiguieron un triunfo completo, dejando el campo cubierto de cadáveres. Bajaron los españoles derrotados en dispersión hasta la ciudad, con ánimo de hacer una defensa de plaza; pero Tolrá con su caballería que la tenía formada, tan luego como vió perdida la acción, y que la caballería de Sucre cruzaba para el ejido de Iñaquito por Pichincha, tomó el camino para Pasto, á unirse según dijo con el batallón Cataluña que venía de esa ciudad. La caballería patriota lo persiguió hasta el puente de Guallabamba.

Viéndose Aymerit en los conflictos de no tener como salir de la ciudad, como retirarse, ni sostenerse, por estar sitiado por fuerzas enemigas, y hostilizado por los paisanos que se levantaron en masa, propuso una capitulación que fué concedida en términos muy honrosos, pues consiguió de la generosidad del General Sucre todo lo que pudo desear en tales circunstancias. Con lo que quedó Quito libre y en el colmo de sus aspiraciones.

Como Sucre y Bolívar obraban en combinación, Bolívar en los mismos días de mayo se acercó á Pasto con dos mil hombres, y por evitar las fortificaciones que con mucha anticipación habían preparado en Juanambú, va-

rió camino y pasó este río á vivo fuego por el tablón llamado de los Gómez, mucho más arriba de las fortificaciones, y acampó en la hacienda de Bomboná: al día siguiente levantó el campo, y en la quebrada de Cariaco, encontró que García con una división y D. Ramón Castilla con otra, le habían salido al encuentro y se disponían á sostener un combate. Bolívar lleno de indignación mandó atacar ambos puntos, con orden de que precisamente habían de ser tomados. A las cinco de la mañana empezó el fuego, las tropas de Bolívar avanzaban hasta cierto punto y de ahí no podían pasar: desaparecían compañías enteras, y nada se podía adelantar. Parapetados los pastusos en posición ventajosa, hacían un mal terrible. Bolívar veía el valor de sus soldados, el empeño que tenían por pelear, los veía desaparecer, y no sabía en qué consistía esta dificultad; hasta que á las cuatro de la tarde personalmente se arrojó, y pisando sobre cadáveres se acercó al punto invencible, y observó que cruzaba una pequeña quebrada, que no daba paso por ninguna parte, y que esta era la causa de que sus soldados no pudiesen pasar. Lo que ninguno se había atrevido á decirselo porque no lo atribuyera á cobardía, y preferían más bien ser fusilados por el enemigo, que con dos cañones de artillería á metralla causaban un destrozo en el ejército liberal. Habiendo conocido Bolívar aunque tarde su error, mandó retirar su gente, dejando en el campo más de 600 muertos, y aprovechando de la oscuridad de la noche, perseguido por los pastusos pudo arribar á un sitio llamado el Peñol que ofrecía alguna seguridad por su posición: al día siguiente pasó á otro llamado el Granadillo, en el que frecuentemente era molestado por las guerrillas pastusas, con el fin de probocarlo á que saliera de aquel punto, lo que le obligó á pasar una quebrada llamada Molinoyaco para estar con más seguridad.— Desde la acción de Cariaco se había entablado una activa correspondencia entre Bolívar y García: ambos se temían, pero ambos hacían alarde de sus fuerzas y recursos. Esta estudiada política fué muy favorable al segundo, el cual habiendo quedado sumamente debil deseaba que el enemigo se retire y le conceda treguas para reorganizar su ejército desbaratado; y el primero que le dieran lugar á recibir un refuerzo que le venía de Popayán, con cuyo objeto se retiró el 11 de mayo al Trapiche, donde lo reci-

bió, y aumentó su fuerza é intimó á García se rindiera, ofreciéndole garantías si lo verificaba sin dar lugar á nuevo derramamiento de sangre. García que no había podido reorganizar su división, y que el mismo día recibió aviso de Quito de la derrota de Pichincha, y de la capitulación de Aymerit, en el momento capituló con Bolívar, sacando para sí y su tropa todas las ventajas que pudo; con lo que quedó toda Colombia libre é independiente de la dominación española, á los 280 años de vasallaje. Recibió el Libertador las armas y toda clase de elementos de guerra, según lo estipulado con García, y pasó aceleradamente á Quito, donde fué recibido como merecía. En el mismo día de su entrada se juró la Constitución de Colombia, y se empezaron los arreglos políticos, civiles y militares bajo el sistema republicano. Tolrá con su caballería y el batallón Cataluña que se encontraron en Otavalo, se acogieron á las capitulaciones de Quito. Santacruz regresó con su tropa al Perú, y el Libertador pasó á Guayaquil, por tener una entrevista con su compañero de armas el protector del Perú, General Sanmartín, quien le hizo presente al Libertador las dificultades que se presentaban para la libertad de todo el Perú dominado todavía en la mayor parte por los españoles. Bolívar deparado por la Providencia para libertar no sólo Colombia y el Perú, sino también el Cuzco, llamado después Bolivia, en recuerdo de su Libertador le ofreció sus auxilios, su persona, y la del General Sucre.

Entre tanto Sucre que estaba á la cabeza de este gobierno, procuró hacer todos los arreglos convenientes, entre ellos obligar á que todos los realistas jurasen la Constitución de Colombia. El Obispo Santander, tan enemigo de la libertad, fué el primero que resistió; á su consecuencia se decretó su expulsión de la República y embargo de bienes, declarándole vacante la Mitra: cuando el Obispo ofreció jurar, ya fué tarde; estaba resuelto su extrañamiento, no sólo porque no había querido jurar, sino por lo mucho que había predicado y dicho contra la causa de la independencia. Santander salió en agosto dejando sus monitas reservadas al Dr. D. José Flores, Canónigo, persona timorata y de luces. El Cabildo Eclesiástico de acuerdo con la Autoridad Civil, nombró al Sr. Miranda electo Obispo de Cuenca, de que resultó un trastorno en los asuntos clesiaísticos. Unos obedecían sólo

al Dr. Flores, otros al Obispo Miranda, otros á la vez á los dos, y otros querian sustraerse de ambas autoridades. El Sr. Miranda hizo un concurso, concedió licencias, dió dispensas, y ejerció en fin la Autoridad Eclesiástica en toda su plenitud, mientras que el Dr. Flores ni aún quería que se revelase las facultades y poderes que le había dejado el Obispo. Algunos escrupulosos recibían una gracia del Sr. Miranda, y pasaban á pedir la confirmación del Sr. Flores, de modo que á pasos largos íbamos caminando á un cisma. Las disputas que se suscitaron sobre este delicado asunto, se hicieron de tanta trascendencia que los curas empezaron á abandonar sus curatos, los sacerdotes á no querer administrar sacramentos, los casados que habían necesitado de dispensas á separarse de sus mujeres, y los descontentos á nulitar sus matrimonios: en suma, llegaron las dudas al extremo de que las gentes para oír misa ó confesarse averiguaban primero de cual autoridad había recibido aquel sacerdote sus licencias, decidiendo cada uno la cuestión magistralmente al lado de sus inclinaciones, hasta que el Dr. Flores ocurrió al Papa, quien aprobó todo lo hecho por él, y por el Sr. Miranda, para que así se aquietaran las conciencias, y mandó que el Cabildo Eclesiástico eligiera un Gobernador del Obispado, no queriendo proveer la Mitra en otro sugeto.

En uno de estos días de agosto, sucedió que habiendo dispuesto el Gobierno se ejecutasen las personas de Muñoz, Ovalle y otros prisioneros que no entraron en la capitulación, por haber jurado antes no tomar armas contra la patria, se preparó la ejecución de los indicados en la plazuela de Santo Domingo, á cuyo espectáculo concurrió todo el pueblo. Deseando el Coronel Ramón Chiriboga aprovechar de esta ocasión para hacer una buena recluta de gente que se necesitaba para la expedición al Perú, dispuso que la tropa que estaba formada, á los tiros de la ejecución, ocupase las cuatro esquinas de la plazuela, puertas de calle de las casas y tiendas que están dentro de élla: se cumplió la orden con exactitud, pero este movimiento militar intempestivo, exasperó tanto la gente, que no sabiendo la causa, atropelladamente fué á asilarse en las tiendas del Colegio de San Fernando, en donde oprimidas ú sufocadas murieron 33 personas.

Estaba el Libertador como hemos dicho en Guayaquil, cuando se supo que los pastusos se habían subleva-

do en favor del Rey. El General Sucre marchó inmediatamente con tropas, tanto de las que trajo, como de las que se habían levantado en Quito: subyugó aquel pueblo bárbaro que le dió mucho que hacer, y volvió á verse con el Libertador que había regresado de Guayaquil para acordar lo conveniente á fin de que se pusieran en marcha los cuerpos que debían ir en auxilio del Perú, pues había noticias comunicadas por sus autoridades, de que las armas del Rey habían adquirido ventajas sobre las de la libertad: se escogieron 3.000 hombres, los mejores jefes y oficiales colombianos que marcharon muy gustosos, y en mayo de 823 desembarcaron en el Callo, cuando en Lima habían depuesto á las autoridades y sustituido otras, á cuya consecuencia recayó el mando militar en su Coronel Santacruz, después General y Presidente del Perú, con quien empezaron á tomar medidas para salvar aquella República de la dominación española.

Como mis apuntamientos no se extienden al Perú, sino únicamente á Quito, indicaré sólo, que después de reveses, contratiempos, alternativas é incidencias de aquella prolongada y reñida campaña, las memorables batallas de Junín y Ayacucho sepultaron para siempre la autoridad Real en el Perú; quedaba sólo el Cuzco ocupado por los españoles que de todas partes se habían replegado á ese solo punto que últimamente les quedó, del que no querían salir por lo doloroso que les era dejar la América que llamaban su propiedad.

Bolívar, Sucre y Santacruz, este último ya con el grado de General, dirigieron á esa parte sus operaciones; mas como Olañeta que mandaba en el Cuzco no se hallaba con fuerzas suficientes para resistir á las triunfantes armas de la libertad, y por otra parte aquellos pueblos se pronunciaron en favor de ella, se vió obligado á buscar partido entre los pueblos de Arequipa, en donde quiso á la fuerza formar cuerpos que lo sostuviesen, hasta que sus mismos soldados lo mataron. Sucre quedó de Presidente de Bolivia, condecorado con el título de Gran Mariscal de Ayacucho, y Bolívar regresó á Lima donde fué elegido Dictador del Perú y Presidente de aquella República, lo que excitó la emulación de los peruanos de tal modo, que después de conseguir que salieran del Perú las tropas colombianas, que habían libertado á esas Repúblicas, empezaron á trabajar contra Bolívar y Sucre: al primero le

suscitaron la aspiración á coronarse, convirtiendo en monarquía aquellas repúblicas unidas á la de Colombia. Es verdad que las personas de valer infundieron en la cabeza de Bolívar tal proyecto, haciéndole ver que era el único arbitrio para conservar independientes estos reinos acostumbrados al Gobierno Monárquico, y que todavía carecían de ilustración y de elementos convenientes para constituirse en repúblicas separadas, con otras razones que no son del caso referirse. Puede ser que á Bolívar haya agradado la invención; pero es preciso hacerle justicia, nunca consintió en tal cosa. Lo que hay de cierto es, que sus émulos, los ambiciosos, los que no podían tolerar su influjo, su poder y su gloria, habiendo sido los mismos que le animaban y persuadían, se valieron de este pretexto para hacerle perder el prestigio y estimación que gozaba en el interior y exterior. Abandonó Lima, y regresó á Colombia.—El segundo fué acusado en Bolivia de arbitrario, de déspota, de intruso, y de que coadyuvaba á la coronación de Bolívar. Se hizo una asonada militar para asesinarlo, y pudo salvarse con una herida al brazo, y regresó á Quito posteriormente.

Apenas había llegado Bolívar á Guayaquil en el año de 827, se supo que los pastusos bajo la dirección de Agualongo (sargento que había sido de las tropas del Rey) se habían levantado, y que sabiendo que en Quito no había tropas para resistirle se dirigían á esta ciudad con una respetable división. Estaba en Quito de Jefe Superior el General Salón, quien con su actividad conocida, dictó las más enérgicas providencias á fin de reunir las milicias y los soldados licenciados que habían regresado del Perú, y marchó á Pasto á ponerse á la cabeza de una pequeña guarnición que ahí había, y encontró de retirada en la provincia.

Cuando llegó Bolívar ya había un batallón regularmente organizado, pero este grande hombre, con su respeto y prestigio, en ocho días levantó un cuerpo de dos mil y más hombres con que marchó hasta Otavalo, cuando ya los pastusos se habían posesionado de Ibarra y Salón se había retirado hasta Tabacundo. Como Bolívar esperaba un cuerpo de caballería que tras él salió de Guayaquil, no quiso aventurar la acción, hasta que estuvieron todos reunidos, resolvió retirarse hasta Guallabamba, en donde se le reunió la columna de Salón y la caballería:

entonces hizo los arreglos convenientes, y marchó sobre el enemigo que no había salido todavía de Ibarra. A la una de la tarde llegó á este lugar, cuando los pastusos habían formado toda su tropa, no sé si para avanzar ó retirarse. Sorprendidos y atacados con un vivo fuego por seis ó siete partes á un tiempo, según había dispuesto el Libertador, no tuvieron más recurso que correr camino para Pasto. La caballería cargó sobre ellos é hizo una matanza horrible. El General Salón con el ejército siguió la derrota, y Bolívar lleno de placer por este triunfo regresó á Quito á disponer su viaje á Bogotá para concurrir al Congreso y elección de Presidente que se aproximaba, lo que verificó tan luego como fué pacificado Pasto.

En este año de 827 sucedió que había en Quito un batallón de los que había regresado del Perú, con el nombre de Araure, compuesto todo ó la mayor parte de gente venezola: esta deseaba mucho que la dejasen volver á su país, y como no había sido racionada algunos días, se sublevó con el fin de exigir sus pagas y pasaporte según lo declararon después: mas como vió que el Gobierno y todo el pueblo tomaba medidas para sugetarlo, se dispersó él mismo, tomando cada soldado el camino que pudo para ocultarse. En este estado cargaron sobre ellos matando á cuantos no tuvieron bastante ligereza para salvarse, con lo que quedó todo tranquilo y disuelto el mencionado batallón.

En 1828 se supo que había salido de Lima una expedición contra Colombia, con el fin de agregar á aquella República las provincias de Guayaquil y Quito, bajo el pretexto de que por derecho correspondía á aquel territorio. Para esto se tomaron Guayaquil, por sorpresa, ayudados de algunas personas adictas, y dirigieron su expedición de 8.000 hombres bien equipados por Loja. El General Sucre y el General Flores, que entonces estaba de Comandante General y Jefe Superior, organizaron los antiguos cuerpos que afortunadamente no se habían disuelto, levantaron otros nuevos, marcharon con 3.500 hombres hasta Cuenca á contener aquella invasión. En Cuenca aumentaron la fuerza á cerca de 4.000 hombres, aunque con gente recluta ó colecticia; y sabiendo que se aproximaba el enemigo, salieron al punto llamado el Portete á esperarlo, desconfiando siempre del triunfo por la desigualdad de fuerzas, pero, parece que esto mismo obligó

á los colombianos á hacer prodigios de valor. Después de varias escaramuzas todas favorables á los peruanos, se travó la más reñida y sangrienta batalla que puede verse: quedó el campo sembrado de cadáveres de una y otra parte: la victoria se declaró en favor de Colombia, que recogió un rico botín en la derrota del enemigo, y sacó un tratado muy ventajoso (aunque no cumplido) del Presidente Lamar, que personalmente comandó aquella expedición, quedando desde entonces los peruanos escarmentados para no volver á pretender injusticias.

No recuerdo si á fines de este año ó del de 828, sucedió que hallándose Quito con poca guarnición, y estando preso el Comandante Ayarza, el sargento aspirante José Cristobal Espinosa (hombre que desperdió una considerable fortuna) y un oficial pardo, por diferentes causas, se propusieron estos seducir los pocos soldados que guardaban el cuartel y á unos 40 pastusos que estaban prisioneros, para hacer una revolución y separar el Ecuador de Colombia. Todo se les facilitó, y á las 11 de la noche hizo en el cuartel su pronunciamiento, sacó á la puerta y esquinas los cañones de artillería, armó á los pastusos y soldados, asegurándoles que aquella revolución la hacía de acuerdo con el Concejo Municipal y personas notables del país. Estaba á la sazón de Intendente de Quito el General Torres, quien fué avisado á las 12 de la noche; á esa hora hizo recorrer á todos los Jefes y oficiales retirados, á los ciudadanos capaces de tomar las armas, reunió las que pudo encontrar, y preparó un ataque al cuartel al romper el día: ocupó las ventanas del palacio fronterizas al cuartel, y consiguió hacer entrar dentro de él á un sargento que con licencia había dormido fuera aquella noche, con quien mandó á intimar á los soldados, que si oportunamente no abandonaban á Ayarza, todos serían pasados por las armas. El sargento cumplió bien su comisión, hizo que los más desertaran por un agujero que hace á una quebrada que pasa bajo de aquel edificio, porque Ayarza ocupaba la puerta. Dadas las 5 de la mañana que era la señal, se rompió el fuego, y cuando Ayarza llamó su gente, ya no encontró sino los pastusos: desesperado salió con una mecha encendida, dió fuego al cañón de la puerta, donde recibió un balazo en la pierna, y arrastrándose pasó al de la esquina y le dió también fuego y no pudiendo más se resignó á morir á

sablazos á manos de un músico que por mal nombre lo llamaban Parapeto. El oficial se entregó prisionero, y José Cristóbal huyó á ocultarse en un arbol de arrayán en una casa por la Cruz de piedra de donde lo sacaron: ambos fueron fusilados al otro día, y quedó la ciudad en perfecta tranquilidad.

Desde que se estableció la República de Colombia y se libertó Quito, iban los representantes que le tocaban á concurrir á los Congresos de Bogotá, cosa que molestaba demasiado á los quiteños que salían elegidos, por la distancia, por los malos caminos, y por los mortíferos temperamentos que tenían que pasar.

Conmovida toda Colombia por las aspiraciones que se suponían en el Libertador, y cuando todo él estaba dividido en partidos, á fines del año de 829 fueron los representantes de Quito á concurrir al Congreso del año de 830, y entre ellos el Gran Mariscal de Ayacucho General Sucre: regresaba este Sr. aceleradamente con el deseo de llegar pronto á Quito por ver á su señora, y por evitar comprometimientos en las disensiones que se preparaban en Bogotá con motivo de la separación de Bolívar, y el día 4 de junio de 830, al pasar un sitio llamado Berruecos de Popayán á Pasto, recibió tres balazos dirigidos á su persona, por una emboscada que con este objeto se había preparado por una mano sacrílega, que privó á la República toda de un hombre singular que había prestado inmensos servicios á la patria, á Quito de un ciudadano ilustre que había cooperado á su felicidad, y á su familia de un fiel esposo, de un padre tierno, amante y virtuoso: su muerte fué generalmente llorada, y su malograda persona será recordada con gratitud y sentimiento por los quiteños, como deudores de tan inmensos bienes como hizo, proporcionándoles la libertad á costa de sus esfuerzos y sangre. Seguida una causa hasta el año de 843 para avegular el autor de tan horrendo crimen, resultaron todas las pruebas ó presunciones contra el General José María Obando: yo no soy capaz de creer que Obando, ni otro hombre con alma racional haya querido privar á la América de una persona tan interesante, por su capacidad, por su ilustración, por sus conocimientos militares y por la bondad de su corazón. Seguramente alguna furia de las que salen del averno fué el autor de semejante atentado.—*Continuará.*